

HIJO DE HOMBRE NOVELA E INTRAHISTORIA.

Nicasio Perera San Martín

0.1. A más de veinte años de publicada, *Hijo de hombre*¹ requiere hoy, desde una perspectiva serena, una revisión meticulosa de los juicios y prejuicios críticos que en torno a ella se han expresado.

Laboriosamente, la crítica ha ido evolucionando de la sorpresa a la cual respondió una etiqueta somera y una clasificación tan categórica como inexacta, a una mayor comprensión de una obra auténticamente fundacional. Este proceso de asimilación ha sido posible por la evolución general de la novelística latinoamericana que, cada vez con mayor frecuencia y amplitud, fue ilustrando los rasgos innovadores de *Hijo de hombre*, y se manifestó, fundamentalmente, a través de la discusión de su textualidad.

Hoy parece evidente, y lo será aún más en el futuro, que, si *Hijo de hombre* provoca tan prolongada discusión en torno a su condición de novela es, precisamente, porque se trata de la primera (a nuestro juicio) o, al menos, de una de las primeras, *nuevas novelas latinoamericanas*.

Tal la opinión fundamental que informa nuestro análisis.

0.2. Ahora bien, como el desarrollo pormenorizado y la argumentación idónea de tal afirmación excede con mucho a los imperativos de este trabajo, nos limitaremos a bosquejar el análisis de los dos aspectos anunciados: *novela e intrahistoria*.

Con respecto al primer punto, se plantean dos extremos paradójicos: mientras los grandes panoramas, históricos o críticos, de la década del sesenta, incluyen *Hijo de hombre* en las categorías de la novela tradicional, los estudios especiales, dedicados al autor o a la obra en cuestión, discuten, niegan o se esfuerzan por demostrar su condición de *novela*, sin intentar, por otra parte, generalmente, adscribirla a una *novelística* determinada.

Nunca, como en este caso, parece aplicable la fórmula de Alejo Carpentier,

1. Roa Bastos, Augusto - *Hijo de hombre*, Buenos Aires, Losada, 1960. (Hemos trabajado con la sexta edición: Buenos Aires, Losada. 1976, 281 p.).

según la cual, “Todas las grandes novelas de nuestra época comenzaron por hacer exclamar al lector: ‘¡Esto no es una novela!’”.²

El concepto de *intrahistoria*, por su parte, ha sido obviado por evidente en algunos estudios, reiterado luego, como artículo de fe, sin examen, en otros, sin que, ni unos ni otros remontaran la doble vertiente de los orígenes, paraguayos y españoles, de la muy peculiar modulación que el concepto de *intrahistoria* adquiere en la novela de Roa.

0.3. Consciente de lo que la propia obra posterior de Augusto Roa Bastos nos ha enseñado, y apoyándonos en los rasgos más salientes del decurso de la novela latinoamericana en estas dos décadas, procuraremos acercarnos a una imagen más cabal del sitio que le corresponde a *Hijo de hombre* en la historia de nuestra novelística actual.

1.1 En 1964, don Alberto Zum Felde, cuya lucidez crítica confiere aún hoy plena vigencia a muchos de sus juicios, analiza *Hijo de hombre* en la última parte del capítulo consagrado a la *novela realista* en su obra *La narrativa en Hispanoamérica*.³

Dicho capítulo analiza la evolución de la novela “realista” hispanoamericana, de estirpe naturalista, según el crítico, desde fines del siglo XIX hasta 1960, siendo Roa Bastos, precisamente, el último autor estudiado. Le siguen sendos capítulos dedicados a “La narrativa indigenista”⁴, “La narrativa de la Revolución mexicana”⁵, “La narrativa política”⁶, “El modernismo en la narrativa”⁷ y “Formas actuales de la narrativa”⁸. De suyo, los títulos indican cómo Zum Felde oscila de los criterios de escuela, a los temáticos o históricos: su mera enunciación significa hasta qué punto Zum Felde considera esta novela como un documento arqueológico, al adscribirla a las corrientes históricas más remotas, aunque reconoce que “su composición participa en técnicas modernas”.⁹

En ese sentido llama poderosamente la atención comprobar que el capítulo sobre “Formas actuales de la narrativa” se sitúa bajo la advocación de Horacio Quiroga¹⁰ y contiene largos desarrollos sobre narradores tan tradicionales —sin que esto implique un juicio de valor— como Eduardo Mallea¹¹ o Francisco Espf-

2. Carpentier, Alejo - “Problemática de la actual novela latinoamericana” en *Tientos y diferencias*, Montevideo, Arca, 1967 (3a. ed., 1973, p. 16-17).

3. Zum Felde, Alberto - *La narrativa en Hispanoamérica*, Madrid, Aguilar, 1964, 379 p. (V. p. 203-205).

4. *Idem, ibidem*, p. 207-232.

5. *Idem, ibidem*, p. 233-257.

6. *Idem, ibidem*, p. 258-275.

7. *Idem, ibidem*, p. 276-290.

8. *Idem, ibidem*, p. 291-372.

9. *Idem, ibidem*, p. 204.

10. *Idem, ibidem*, p. 291-300.

11. *Idem, ibidem*, p. 308-317.

nola¹², por ejemplo. Es decir que don Alberto Zun Felde, no sólo no percibe —seguramente era casi imposible en la época— el rasgo fundamental que representa la ruptura del pacto mimético, el pasaje de la novela realista a la ficción, sino que tampoco entrevé la línea de continuidad que existe entre Horacio Quiroga y Augusto Roa Bastos, quien asimila plenamente su lección narrativa y supera al maestro, conservando numerosos rasgos de una sensibilidad similar en la relación entre el hombre y la naturaleza, entre personajes y objetos, entre psicología y acción, ahora sí, sin concesiones ni contradicciones, unos y otros definitivamente sometidos a su función narrativa y al proyecto literario que los engendró.

Con su acierto habitual, Zum Felde señala que el país de la novela “es el país del pueblo pobre, del proletariado rural principalmente, de sangre y lengua guaranícas”¹³ y, algo más lejos, que “no es esta novela de tesis ni de discurso”¹⁴ y que “la ideología del autor puede estar en el fondo, pero no está en la letra”¹⁵. Sin embargo, no parece siquiera atisbar la superación del indigenismo que la obra de Roa Bastos representa, al transformar al campesino-indígena en *sujeto* y al representar, en su lengua, la lengua que éste realmente habla¹⁶. Como no reconoce tampoco el legado de Borges —estudiado también mucho más adelante¹⁷— en la subversión de los signos, en el trabajo de la lengua destruyendo la reificación del significado.

Hablábamos de juicios y prejuicios, y éstos últimos parecen mostrar la punta de la oreja cuando, al presentar al autor, Zum Felde habla del “estado de atraso”¹⁸ de la narrativa paraguaya antes de Casaccia y Roa. Puede, en efecto, resultar inimaginable este salto cualitativo de la narración folklórica de consumo doméstico, a la cumbre de la ficción contemporánea¹⁹. Anotamos el detalle porque deberemos volver sobre la condicionante paraguaya.

Tampoco Fernando Alegría, en su *Historia de la novela hispanoamericana*, acierta con el papel que en ella le corresponde a *Hijo de hombre*. Y retrotrae aún más lejos la discusión, al oponer una supuesta “visión objetiva del pueblo” a “la visión subjetiva, distorsionada a través del recuerdo, del narrador”²⁰, ignorando,

12. *Idem, ibidem*, p. 377-341.

13. *Idem, ibidem*, p. 204.

14. *Idem, ibidem, loc. cit.*

15. *Idem, ibidem, loc. cit.*

16. En este aspecto, la obra de Augusto Roa Bastos sólo encuentra un parangón en la de José María Arguedas. Pero el peruano, no aparece ni siquiera mencionado en la obra de Zum Felde, que sólo trata del indigenismo más tradicional, de Clorinda Matto de Turner a Ciro Alegría.

17. Zum Felde, Alberto, *Op. cit.*, p. 317-324.

18. *Idem, ibidem*, p. 203.

19. Señalemos, sin embargo, lamentando no poder desarrollar ahora la idea, que éste es, probablemente, un fenómeno cultural típico de sociedades periféricas, que suelen asumir, integrar y superar el legado de otras tradiciones, sin pasar por las etapas intermedias.

20. Alegría, Fernando - *Historia de la novela hispanoamericana*, 3a. ed., México, De Andrea, 1966, p. 237.

al parecer, la funcionalidad de las técnicas comentadas y su imbricación en el trazado textual.

Por su parte, Enrique Anderson Imbert habla de *naturalismo* y, en su juicio final sobre *Hijo de hombre* llega a sostener que “su unidad está dada, sin embargo, por su compasión”²¹, cayendo así en una suerte de contenidismo de primer grado.

Como se ve, a pesar de las apariencias, los juicios de Alberto Zum Felde, a quien más largamente hemos analizado, están lejos de ser los más descaminados. Pero los juicios de unos se convierten fácilmente en pre-juicios de otros y, por citar sólo un par de ejemplos al pasar, de obras de intención y de nivel muy dispar. *Hijo de hombre* no es siquiera mencionada ni en *La nueva novela hispanoamericana*, de Carlos Fuentes²², ni en *La novela hispanoamericana actual y sus antecedentes*, de André Jansen²³.

Más grave aún, un crítico de la talla de Leo Pollmann convierte a *Hijo de hombre* y a Augusto Roa Bastos en ejemplo privilegiado de lo que él llama “la antítesis restauradora” en su, por otros motivos, excelente libro.²⁴

Comienza por descalificar el título, “temático y tradicional”²⁵, reduciéndolo a la cita bíblica, sin comprender, aparentemente, que la expresión “hijo de hombre” no se opone sólo a “hijo de Dios”, sino que funciona como base de la idea de que Dios es creación del hombre, y que no designa sólo al Cristo de Gaspar Mora, sino que se desdobra en la designación de Cristóbal Jara. “Kiritó”, Cristo en guaraní. En esas condiciones es lógico que el nivel simbólico, de carácter mítico-legendario escapara al crítico, que lo reduce todo al humanismo cristiano. El mismo reduccionismo se plantea en torno al nivel socio-político, y Pollmann convierte a la novela en denuncia “evidente”²⁶ de no se sabe qué dictadura.

Por asombroso que parezca, este primer estudio sistemático de la evolución de la “nueva novela” destruye la significación de *Hijo de hombre*, por ignorancia de su rasgo fundamental de “nueva novela”: su constitución en *sistema narrativo*.

1.2. La organización propia de ese sistema ha sido uno de los puntos fundamentales que han ocupado a la crítica específica de *Hijo de hombre*. En este campo, el punto de partida ha sido, como ya lo anunciábamos, la discusión de la *textualidad* de la novela. Y esa discusión ha sido provocada por narradores o críticos

21. Anderson Imbert, Enrique - *Historia de la literatura hispanoamericana*, 1954, 5a. ed., México, Fondo de Cultura Económica, 1966, T. II, p. 377.

22. Fuentes, Carlos - *La nueva novela hispanoamericana*, México, Joaquín Mortiz, 1969.

23. Jansen, André - *La novela hispanoamericana actual y sus antecedentes*, Barcelona, Labor, 1973.

24. Pollman, Leo - *La “nueva novela” en Francia y en Iberoamérica [Der neue Roman in Frankreich und Latin-Amerika, 1968]*. Versión española de Julio Linares. Madrid, Gredos (“BRH”, 159), 1971, 379 p.

25. *Idem, ibidem*, p. 222

26. *Idem, ibidem*, p. 224.

tradicionales que, como Mario Benedetti o Pedro Lastra, hablan de “un refugio del cuentista para sortear el engorro dimensional de la novela”²⁷ o de “nueve relatos entrelazados entre sí”.²⁸

Partiendo de cánones clásicos, esta crítica concluye, de manera más o menos explícita, que se encuentra frente a una novela imperfecta o a una incapacidad de novelar.

Poco a poco, durante la década del setenta, y particularmente desde *fuera* de América Latina, se han ido perfilando conceptos como el de “lecturas sucesivas” (Jan Lechner²⁹) o “múltiples lecturas” (Adriana Valdés e Ignacio Rodríguez³⁰) y la crítica asume, finalmente, la polisemia de *Hijo de hombre* como resultante directa, no ya de su historia, o de una de sus historias, de tal o cual símbolo, o de una de sus redes simbólicas, sino de la *narración*. En ese sentido, son ejemplares los trabajos de Jean L. Andreu³¹ o de Enric Miret³², que demuestran plenamente que el carácter fragmentario, las rupturas cronológicas, la alternancia de las historias, la pluralidad de puntos de vista, las diferentes distancias de focalización, la trazación de los niveles realista, histórico, fantástico, legendario, mítico y metanarrativo no *expresan* un sentido *pre-existente*, sino que lo constituyen, *son* la novela.

A estos avances de la crítica cabe agregar otro rasgo mal percibido, al que ya aludimos: la ruptura del pacto mimético. Sutil y tímidamente desarrollado, este rasgo no fue comprendido en el Paraguay y pasó, en general, desapercibido, en el extranjero. Un ejemplo concreto aportará claridad al concepto y precisión al análisis de la recepción.

En su novela, Roa no respeta la realidad del trazado de las líneas ferroviarias en el Paraguay. Este hecho ha sido presentado, en Paraguay, como una prueba de la “deformación” de la realidad nacional, negándosele implícitamente al autor, incluso la convencional “libertad” del escritor. En esas condiciones, mal podía comprenderse que ni siquiera se trata aquí de encubrir el origen *exacto* de los elementos de inspiración *realista*, como en la tradicional convención a que aludíamos, sino de caducidad del pacto mimético frente a la necesidad de forjar una imagen de la “realidad” en función de un proyecto literario. En el extranjero-

27. Benedetti, Mario - *Letras del continente mestizo*, Montevideo, Arca, 2a. ed., 1969, p. 117.

28. Lastra, Pedro - “Nota preliminar” en Roa Bastos, Augusto - *Madera quemada*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1967, p. 11.

29. Lechner, Jan - “Apuntes para el estudio de la prosa de Roa Bastos” en Norte, XII-2, Amsterdam, 1971, p. 28-34.

30. Valdés, Adriana y Rodríguez, Ignacio - “*Hijo de hombre*: el mito como fuerza social” en Giacomani, Helmy F. (Ed.) *Homenaje a Augusto Roa Bastos*, New York, Anaya-Las Américas, 1973, p. 97-154.

31. Andreu, Jean L. - “*Hijo de hombre*, fragmentación y unidad” en Revista Iberoamericana, XLII - 96-97, Pittsburgh, 1976, p. 473-483.

32. Miret, Enric - “En torno a *Hijo de hombre*” en Norte, Amsterdam, 1976, p. 35-45.

ro, el menguado conocimiento de la realidad paraguaya no permitió siquiera plantear el problema. En efecto, sólo una perfecta “ilusión” realista podía dar lugar a juicios como los de Zum Felde, por ejemplo.

Desde el punto de vista epistemológico, este periplo crítico demuestra que sólo el aparato instrumental de la “nueva crítica”, de inspiración estructural o semiológica, y un examen más atento de las relaciones entre realidad y ficción³³ podían explicitar la originalidad de una auténtica “nueva novela”, allí donde otros sólo veían artificios “au goût du jour” para contar una historia tradicional, para prolongar un discurso narrativo remanido ya, en 1960.

1.3. La “novedad” radica fundamentalmente en un cuestionamiento del estatuto del narrador que, contrariamente a lo que la novela tradicional y la etimología nos enseñan, no es ya “el que sabe”, sino alguien que *quiere saber*.

El carácter fragmentario, lacunario del texto, sus rupturas, hesitaciones y vaivenes, no son *representación* de nada, sino *materialización* de una escritura concebida como acto exploratorio que va arrancando jirones de verdad, eslabones de sentido a la realidad, a la fantasía, al sueño, al mito, a la leyenda y a la historia, al lenguaje, que los contiene a todos ellos, para entregarlos a esa nueva aventura creativa que es la lectura.

El único acto representativo que la “nueva novela” cumple es transformar la polisemia del mundo en polisemanticidad del discurso. Para un paraguayo, ese proyecto pasa, ineludiblemente, por un examen crítico de su conciencia histórica. Y esto nos lleva al segundo aspecto de *Hijo de hombre* que queríamos analizar.

2.1. Fue, al parecer, Angel Rama, el primero en aplicar el concepto de “intrahistoria” al análisis de *Hijo de hombre*, en un artículo aparecido en marcha, en 1959. Hugo Rodríguez Alcalá lo recogió en el título mismo de un estudio leído en un congreso en 1962 y que ha sido publicado varias veces.³⁴ Desde entonces, el término reaparece con frecuencia en diferentes trabajos sobre la obra de Roa Bastos, sin que el concepto sea aclarado. Tal descuido empaña, a nuestro juicio, la comprensión cabal de su significado en la obra que nos ocupa.

Rodríguez Alcalá comienza fijando los límites del marco histórico y distingue entre “los sucesos relatados por la novela” que, según él, “cubren un lapso de más de un cuarto de siglo”³⁵ (1910-1935) y el alcance del proyecto de Roa que, en sus palabras

se ha propuesto presentar toda la vida del Paraguay independiente hasta nuestros días, y lo ha logrado con singular éxito aunque con procedimien-

33. El mismo tipo de precaución metodológica reclama *Yo el Supremo*, cuya relación con el discurso —histórico o literario— y con los datos históricos que forjan su trama, es mucho más intrincada y viene encubierta por el estatuto del “Compilador”, que confiesa “son-sacar” de otros textos el hilo que devana en el suyo. Pero no dice cuánto lo retuerce.

34. Rodríguez Alcalá, Hugo - “*Hijo de hombre*, de Roa Bastos y la intrahistoria del Paraguay”. (V., por ejemplo, Giacoman, Helmy F., *Op. cit.* p. 63-78).

35. *Idem, ibidem*, v. ed. cit. p. 69.

tos muy diferentes de los del cronista y del historiador. Dicho de otro modo, Roa ha querido escribir la intrahistoria de su patria³⁶.

Para demostrarlo, Rodríguez Alcalá hace mención —como es lógico— a los numerosos acontecimientos históricos que, de un modo u otro, son aludidos en la novela. De ahí parece surgir —repetidas citas lo confirman— la tendencia a desarrollar, en el discurso crítico, el recuento de los *sucesos* de la historia *política* del Paraguay, atribuyéndoles, a veces, un significado tradicional, reificado, que Roa intenta precisamente cuestionar.³⁷

Se hace, pues, imprescindible, recordar que, en el concepto de don Miguel de Unamuno, *intrahistoria* se opone, en gran medida, a *historia*. La una es silenciosa, profunda y continua; la otra, superficial y bullanguera, se alimenta de sucesos, rupturas, alharacas e hitos.³⁸

La crítica unamuniana más reciente sistematiza, definiendo en *Paz en la guerra*³⁹ dos vertientes: la Historia, representada por los acontecimientos de la guerra carlista y la intrahistoria, “la convivencia, la vida íntima, pero vista en su especto colectivo como consecuencia de la Historia y en relación con ella”.⁴⁰

Si aceptamos esta distinción, debemos reconocer que Historia e intrahistoria funcionan de manera muy diferente en las dos novelas, puesto que, por una parte, no hay, en *Hijo de hombre*, un marco histórico comparable al de la guerra carlista de la novela de Unamuno y, por otra parte, la intrahistoria viene signada por *sucesos* históricos que, en ciertos casos, escapan al lapso de “más de un cuarto de siglo” a que se refería Rodríguez Alcalá. Es decir que, en *Hijo de hombre*, lo intrahistórico contiene referencias permanentes y explícitas a lo histórico, en el sentido mismo en que Unamuno los opone.

Esto no tiene, en realidad, nada de sorprendente, tratándose de intrahistoria paraguaya, cuando se sabe hasta qué punto las tradiciones y la cultura del Paraguay están impregnadas por la Historia y por el discurso histórico.

36. *Idem, ibidem, loc. cit.*

37. Algo similar ha ocurrido después en la copiosa bibliografía inspirada por *Yo el Supremo*.

38. Las imágenes que más frecuentemente utiliza Unamuno se basan en la oposición superficie/profundidad: “Las olas de la historia, con su rumor y su espuma que reverbera al sol, ruedan sobre un mar continuo, hondo, inmensamente más hondo que la capa que ondula sobre un mar silencioso y a cuyo último fondo nunca llega el sol”. Y agrega más lejos: “sobre la inmensa humanidad silenciosa se levantan los que meten bulla en la historia. Esa vida intrahistórica, silenciosa y continua como el fondo mismo del mar, es la sustancia del progreso, la verdadera tradición eterna, no la tradición mentira que se suele ir a buscar al pasado enterrado en libros y papeles, y monumentos, y piedras”. Miguel de Unamuno - *En torno al casticismo*. (Citamos por la 7a. ed. de Espasa Calpe, (Austral), Buenos Aires, 1968, p. 27.

39. Se trata de la obra que ilustra, y en torno a la cual surge el concepto de “intrahistoria”: Miguel de Unamuno - *Paz en la guerra*, 1897.

40. Díez, Ricardo - *El desarrollo estético de la novela de Unamuno*, Madrid, Playor (“Nova Scholar”), 1976, p. 43.

La conciencia del *ser paraguayo* es, como ocurre a menudo en las sociedades latinoamericanas, ante todo, una conciencia histórica. La imagen misma que, en *Hijo de hombre*, nos propone Macario “—El hombre, mis hijos —nos decía— es como un río,”⁴¹ es metáfora frecuente del transcurso del tiempo, del devenir histórico, de la historia.

Recuérdese la imagen del mar en Unamuno, y se comprenderá que debemos ir más lejos.

2.2. En efecto, si proseguimos la comparación, pronto se echará de ver que, en el equilibrio perfecto de los niveles de significación en *Hijo de hombre*, la intrahistoria es una manifestación de superficie, es lo que aflora a la conciencia en la crisis existencial de Miguel Vera. la crisis que el texto designa como origen de la nación.

Aparecen entonces nuevos paralelismos, aun entre elementos, a veces, de diferente signo, entre Ignacio y Cristóbal Jara⁴², entre Pachico y Miguel Vera⁴³, entre Itapé y el campo⁴⁴, entre Sapukai y Bilbao.⁴⁵

No tenemos intención —ni podríamos hacerlo— de desarrollar aquí el análisis comparativo con el rigor que se impone para llegar a conclusiones definitivas.⁴⁶ Pero quisiéramos aún señalar dos coincidencias interesantes.

La primera, dice relación tanto con las dos novelas consideradas, de manera más o menos difusa, en uno y otro caso, como con los autores, y es la trayectoria que lleva del humanismo cristiano a una militancia social reivindicativa de inspiración materialista, cuando no claramente marxista. Trayectoria que parecen cumplir tanto Unamuno y Roa, por los tiempos en que escriben estas novelas, como *Paz en la guerra* e *Hijo de Hombre*.

La segunda coincidencia, se refiere a un juicio crítico, y es de carácter marcadamente personal. Hace ya seis años, escribíamos, a propósito de Roa, que “la literatura es, en él, una forma de conocimiento”.⁴⁷ Ahora, explorando, para este trabajo, una bibliografía que no frecuentamos habitualmente, descubrimos que

41. Roa Bastos, Augusto - *Hijo de hombre*, ed. cit. p. 15.

42. En la medida en que ambos son depositarios de una tradición, y viven en la *historia* (“Los que viven en la historia se hacen sordos al silencio” - Miguel de Unamuno - *En torno al casticismo*, ed. cit. p. 28).

43. Como conciencias en crisis y soportes fundamentales de la evocación intrahistórica.

44. Al margen, en cierta medida, de la *historia*, aunque sacudidos por ella. Depositarios privilegiados de la memoria colectiva, de la intrahistoria.

45. Signadas, en su propio ser material, por los *sucesos* históricos.

46. Para ello, sería necesario, por otra parte, ampliar el campo de la investigación a otros autores de la “Generación del 98”, como Ramón del Valle Inclán y Pío Baroja, que representan, a su vez, nuevas modulaciones del concepto de intrahistoria.

47. Perera San Martín, Nicasio - “La escritura del poder y el poder de la escritura” en *Seminario sobre “Yo el Supremo” de Augusto Roa Bastos*, Poitiers, Centre de Recherches Latino-Américaines, 1976, p. 137.

Julián Marías titula el Capítulo IV de su *Miguel de Unamuno* "La novela como método de conocimiento".⁴⁸

2.3. Todo ello nos lleva a concluir que, si la crítica unamuniana reciente lleva razón en denunciar la superficialidad de los análisis que se detienen en el esqueleto histórico de *Paz en la guerra* e ignoran su carácter de novela existencialista, tal vez ocurra algo similar con la intrahistoria en *Hijo de hombre*.

En todo caso, el análisis del concepto nos ha permitido calibrar mejor su significación en la primera novela de Roa, definir en forma más clara su funcionamiento y rastrear una posible influencia que, por lo que sabemos, hasta ahora no había sido señalada sino de manera implícita, a través del concepto de intrahistoria, y que revela afinidades más amplias, tanto desde el punto de vista narrativo (dualidad⁴⁹), como desde el punto de vista ideológico.

3.1. Novela realista, heredera del naturalismo, intrahistoria, novela social, avatar del indigenismo, ejemplo notorio de realismo mágico, reflejo de la novela existencialista. . . ¿Será falso, acaso, afirmar que *Hijo de hombre* es, fundamentalmente, una "nueva novela latinoamericana" que, como tal, ofrece, en la superación de toda una tradición novelística, una pluralidad de sistemas de significancia y, por lo tanto una pluralidad de lecturas?

La ruptura del pacto mimético, el cuestionamiento del estatuto del narrador, la ambigüedad, cifra de la novela contemporánea, en una palabra, la *ficción*, cuyos cimientos echaran Borges y Felisberto Hernández, plasman aquí, por primera vez, en novela.

Por todo ello es, sin duda, tan difícil reconocerla como tal.

3.2. Pero al rastrear esas dificultades, vemos que no sólo ha pesado la falta de perspectiva histórica, sino también prejuicios y desconocimiento del Paraguay y de lo paraguayo (por lo cual *Hijo de hombre* también cumple la intención manifiesta que le atribuye Rosa Monzón⁵⁰), así como una subestimación, frecuente entre nosotros, de la importancia de cierta literatura española contemporánea.

3.3. El relumbrón de *Yo el Supremo* ha provocado, no sólo innumerables lecturas del *mamotreto*, como el propio Roa le ha llamado alguna vez, sino afiebradas y morosas compulsas de viejas lecturas, en busca de indicios y justificaciones de viejas miopías. Sirvan estas páginas para contribuir a desfacer el entuerto.

Université de Nantes

48. Marías, Julián - *Miguel de Unamuno*, Madrid, Espasa-Calpe, 1943.

49. El desarrollo más sistemático del concepto de *dualidad* es de Seymour Menton - "Realismo mágico y dualidad en *Hijo de hombre*" en Giacoman, Helmy F. *Op. cit.* p. 203-220.

50. Roa Bastos, Augusto - *Hijo de hombre*, ed. cit. p. 281.